

VISIBILIDAD E INVISIBILIDAD EN LA IDENTIDAD PAMPINA



INSTITUTO DE ESTUDIOS INTERNACIONALES

Sergio González

La identidad pampina en el norte grande chileno durante el ciclo del nitrato (1830-1930) tiene dos ejes esenciales imposibles de separar: el desierto y el salitre.

El desierto es el hábitat del pampino. No es posible pensar en la identidad pampina sin hacer referencia al desierto. Pero no a ese desierto de los textos escolares: árido, desolado, mortificante; sino el construido por los hombres que venidos de los cuatro costados del planeta se introdujeron en él, lo nombraron, lo construyeron, lo habitaron y hablaron de él en su cotidianidad.

1. La Pampa

Para el discurso político del centro y el currículum homogeneizante el desierto es un espacio banal y no esencial de la identidad, aparece siempre como vacío, anecúmene, trágico, circunstancial. En cambio en el habla de su habitante aparece pleno, acogedor, vital, permanente, y se le asocia al concepto de origen quechua "*pampa*". No es lo mismo desierto que pampa. Desierto es el constructo del discurso oficial, pampa del privado. El desierto no genera identidad ontológica, la pampa sí: el ser pampino.

Entendemos por "*pampino*" a la categoría cultural que identificaba al poblador organizado socialmente en clubes, cofradías, estudiantinas, grupos teatrales, etc.

* Sociólogo. Dr. en Educación Dr© en Estudios Americanos, mención Relaciones Internacionales. Académico de la Universidad Arturo Prat

Más allá de las definiciones, los hombres y las mujeres que habitaron los cantones, pueblos y campamentos salitreros, que fueron verdaderas comunidades urbanas, se definieron como pampinos: el espacio les proporcionó el concepto de la identidad. Pampa en quechua significa una llanura extensa, desértica en este caso, por tanto no tiene por sí mismo la facultad de constituir existencia, el hombre debió darle habitabilidad, para después identificarse y sentirse parte de ella.

¿Por qué pampino? Muchas opciones tuvo el trabajador del salitre y el habitante del desierto para autodefinirse, las faenas establecieron denominaciones específicas que les identificaron al interior del proceso de producción, se requería en cambio una identidad más genérica. Tampoco era correcto una referencia exclusiva al espacio geográfico (desierto) o al social (campamento). La pampa, en cambio, hace referencia a un espacio físico intervenido (habitado) por el hombre.

Desde ese punto de vista desierto no es sinónimo de pampa. El desierto es anecúmene la pampa es ecúmene. El desierto carga con los contenidos de una definición meramente geográfica del espacio, la pampa es la que se añora para la semana del salitre. La pampa incluye a la calichera y al campamento porque es fundamentalmente un espacio socialmente construido y habitado.

No solamente el obrero salitrero es pampino, también lo fueron sus patrones y los empleados. Por tanto, la identidad pampina logra estar por sobre fundamentales contradicciones sociales como la clase, la de nacionalidades, la étnica, por sobre identidades locales y laborales, etc.

El Pampino fue un tipo humano que se caracterizó por una gran creatividad social y cultural como por una fuerte identidad. Además de desarrollar una alta motivación social y política, que la Historia regional y nacional registra a través de grandes movimientos sociales y organizaciones obreras.

El Pampino se constituye en un tiempo histórico (a partir de fines del primer tercio del siglo pasado) en el piedemonte de la cordillera de la costa de Tarapacá, lugar con escasos asentamientos humanos, por tanto, fue un espacio en el cual el futuro salitrero se vio prácticamente "arrojado" y debió hacer una hipóstasis (conceptualizar, nombrar) de su entorno, especialmente su habitar y su laborar. Venidos de los más variados rincones de Chile, Bolivia, noroeste Argentino, sur Peruano, etc., trajeron sus formas de vida, sus costumbres, sus lenguas, sus esperanzas de retorno, pero terminaron creando un espacio nuevo y propio: construyeron un conjunto de valores y normas consuetudinarias de comportamiento y saberes (*ethos*) y una fidelidad y un sentimiento a esos valores y normas (*pathos*). El *ethos* y el *pathos* se expresa claramente en el habla pampina.

El habla utilizada por los pampinos se constituyó con el uso. Tomando como ejemplo sólo el fenómeno laboral del pampino (dejando de lado otros fenómenos muy importantes como el lenguaje utilizado en la vida cotidiana, en la vida pública cultural o política, etc.), vemos cómo el pampino encuentra las fórmulas para ir superando el problema de la hipóstasis de esta nueva realidad: la mayoría de los oficios se derivan de sus herramientas, maquinarias, lugares de trabajo, la naturaleza o recurrían a metáforas con realidades del entorno social o natural. Ejemplo de las herramientas son: el falqueador, que toma su nombre de la falca, especie de terraplén donde se acoplaba -para estilar- el Salitre extraído de las bateas. El barretero de la barreta, el latero de la lata de extracción del Caliche en las cuevas, el guardahilos de los cables del telégrafo, las libreteras de las libretas de trabajo, el llavero de las llaves que regulaban el paso de las aguas madres, el canalero de las canales de circulación de las caldos, etc.

Ejemplos de trabajadores que toman su nombre de las faenas que ejecutaban tenemos al pulpero, llamperos, pasatiempos, lancheros, costura, caminero, destazador, retirador, retornero, vaciador, atracador, zorrero, tarrajador, cuarteador, encanchador, herrero, rayador de bateas, lonchero, cargador de frontones, botarripios, etc.

2. La Identidad Oculta

El historiador Eduardo Devés señala que el obrero pampino o salitrero tuvo una "*cultura ilustrada*", indicando con ello que era un sujeto con acceso al pensamiento social de la época, lo que le permitió además elaborar eficientemente las propuestas en sus movilizaciones y huelgas, sean memoriales o petitorios; así como les permitió organizarse sin grandes dificultades en sociedades de resistencia o socorros mutuos. Además, este investigador ha observado una perspectiva modernizadora sarmientina en la formación de la conciencia obrera salitrera.

Por otra parte, el historiador Julio Pinto Vallejos ha tratado de demostrar un proceso de evolución en la conducta obrera durante el siglo XIX, donde la violencia social es la expresión más significativa de dicha conducta, la cual pasa de expresiones más primitivas hacia otras más modernas.² Dicha violencia social fue un componente de la identidad del obrero, que se explica sólo al adentrarse en la compleja realidad socio-cultural del pampino del salitre. Sin dejar de reconocer, este historiador, la importancia de la solidaridad de clase como un

¹ Devés Valdés, Eduardo "La cultura obrera ilustrada en los tiempos del centenario." En MAPOCHO revista de humanidades y ciencias sociales, N° 30, segundo semestre de 1991, pp. 127-136.

² Pinto Vallejos, Julio "Rebeldes pampinos: patrones de violencia social en las oficinas salitreras (1870-1900)." Universidad de Santiago, Santiago, 1995. Pinto Vallejos, Julio y otros "Peones chilenos en las tierras del salitre, 1850-1879: historia de una emigración temprana." En CONTRIBUCIONES científicas y tecnológicas, Año XXV, agosto, N° 1995, 1995, pp. 47-71.

elemento identificador del obrero salitrero, tal como la mayoría de los historiadores sociales del salitre han destacado con anterioridad.

Siguiendo a Pinto, el conflicto principal donde se expresa, y muy tempranamente, la violencia social en las salitreras sería entre las principales nacionalidades de los obreros pampinos: chilena versus peruana y boliviana. En este punto es posible hacer una relación con la propuesta de Devés, pues *"lo chileno"* estaría en el eje civilizatorio y *"lo peruano o boliviano"* en el eje bárbaro.

Comparto plenamente las hipótesis de ambos investigadores, sin embargo son propuestas parciales que dejan ocultas dimensiones importantes de la identidad de los hombres y mujeres del nitrato. Por tanto, me centraré en una de esas dimensiones ocultas que es el componente indígena de dichos hombres y mujeres de la pampa.

La máxima demostración de violencia y solidaridad, fue, sin dudas, la huelga de diciembre de 1907³, donde fueron masacrados precisamente chilenos, peruanos y bolivianos por igual, llegando -entre ellos- a la aceptación de la muerte frente a una ruptura de dicha alianza internacionalista. Sin embargo, el sacrificio a que llegaron los pampinos tiene mucha más relación con una visión fatalista del mundo venida del sustrato indígena de los obreros que de la cultura europea que los historiadores sociales destacan corrientemente.

Efectivamente la identidad obrera pampina es conocida internacionalmente por su solidaridad de clase y sus luchas sociales, sin embargo ella no es homogénea ni carente de conflictos, para empezar el hecho que la explotación salitrera se basara en una migración venida de los más variados puntos del planeta⁴ y, en particular para el estrato social en referencia, de Chile, Perú, Bolivia y Argentina⁵, significó que esa identidad pampina se construyó sobre la base de otras identidades, tanto nacionales como locales y étnicas, que no desaparecieron con su llegada al desierto salitrero, sino más bien se ocultaron parcialmente.

Bastó un siglo para que en la pampa del Norte Grande chileno se construyera esa identidad pampina, la que se confunde corrientemente con la identidad de clase del obrero pampino. Esta última basada en la contradicción social que la rígida división del trabajo generó en la industria del salitre, es

³ Devés Valdés, Eduardo. Los que van a morir te saludan. Historia de una masacre. Escuela Santa María, Iquique, 1907. Ediciones Documentas y otras, Santiago, 1988.

⁴ Los censos de Tarapacá de 1876 y 1907 registraron 36 nacionalidades diferentes en la población de esta provincia. Según el censo peruano de 1876, en la Provincia de Tarapacá habían 38225 personas, de las cuales 9664 eran de nacionalidad chilena (25,3%), 17013 de nacionalidad peruana (44,5%) y 6028 de nacionalidad boliviana (15,8%). Y según el censo de 1907, los habitantes de la provincia eran 110036, de los cuales 66262 eran chilenos (60,2%), 23574 (21,4%) peruanos y 12528 bolivianos (11,4%).

⁵ Los informes del Jefe Político de Tarapacá, Patricio Lynch, dejan en claro en dominio de tres nacionalidades en la provincia: chilena, boliviana y peruana, en ese orden en las salitreras pampa, pero en el total de la provincia, la nacionalidad peruana hasta 1918 fue la más numerosa después de la chilena.

parte esencial de la identidad pampina pero no la agota. De igual modo la nacionalidad chilena no abarca a todos los obreros pampinos, como tampoco lo hace la identidad regional de nortino⁶, se puede decir fehacientemente que la región salitrera fue pluriétnica y plurinacional.⁷

Por otra parte, la búsqueda de la identidad pampina salitrera a través del registro documental, sea oficial o no, nos lleva a indagar a una parte fundamental del obrero pampino, la ilustrada, pero deja olvidada otra no menos importante.

El acceso a la escritura no era universal en la pampa salitrera, la población indígena quedaba excluida de ella, sólo pudo acceder a la palabra hablada en español. Por tanto, es la palabra el mejor vehículo para conocer el complejo mundo pampino.

Si buscamos al indígena en los pliegos de peticiones obreros no lo encontraremos, a pesar que en el campamento habitaba calles diferenciadas, dependiendo si fuera quechua o aymara, cochabambino o paceño, boliviano, peruano o chileno, etc. Esto no se debe a una supuesta discriminación sino a que en los petitorios obreros todos pasaban a formar parte de la misma clase social, y en el campamento todos eran pampinos. Precisamente el conflicto emerge sólo eventualmente con el obrero indígena boliviano cuando éste no se identifica con la reivindicación obrera y se transforma en un rompehuelgas.

3. la identidad de Clase versus la Identidad Étnica

La solidaridad de clase fue un notorio elemento aglutinador que permitió la unidad de esa heterogénea composición poblacional salitrera, pero fueron la sociabilidad en el campamento por un lado y el trabajo mismo en las calicheras, por otro, la base de la identidad pampina.

La contradicción social que define a la clase social establece límites que las organizaciones obreras como mutuales, mancomunales o sociedades de resistencia establecieron explícitamente para adquirir la membresía, pues se debía pertenecer a la clase obrera o proletaria, pero ello, por un lado, no era condición para ser pampino, y por otro, el obrero sabía que ello no era su única identidad. En cambio los investigadores que estudian al obrero pampino a

⁶ Concepto tardío porque Tarapacá pasó de ser la más austral provincia peruana a la más septentrional chilena, similar situación sucedió respecto de Antofagasta con Bolivia.

⁷ Respecto de la pluriétnicidad, el censo peruano de 1876 sobre Tarapacá, publicado por Mariano Paz Soldán (1877) considera la categoría étnica de la siguiente forma:

	Hombres	Mujeres	Total
Blancos	8.614	4.804	13.418
Indios	9.945	6.741	16.686
Negros	360	204	564
Mestizos	4.546	2.220	6.766
Asiáticos	771	20	791
Total	24.236	13.980	38.225

través de estas organizaciones terminan pensando que esta identidad es inclusiva y excluyente.⁸ En cierta forma negaron (o lo entendieron como una contradicción de segundo orden) a otros constructos culturales que definían también a ciertos grupos participantes del proceso social de las salitreras, como fue el caso de la población indígena, no siendo marginales ni cuantitativa ni cualitativamente.

Si bien los indígenas ocuparon los oficios menos remunerativos, no por ello dichos oficios fueron irrelevantes, todo lo contrario, por ejemplo, los mejores cateadores de caliche, arrieros, cortadores de yodo, propios y particulares fueron indígenas, de hecho éstos eran muy requeridos por los administradores, siendo su inestabilidad laboral más bien producto de sus migraciones estacionales (agrícolas) a sus comunidades que por conflictos internos.

Los indígenas además no solamente se incorporaron a las salitreras en tanto trabajadores, sino además establecieron relaciones de intercambio comercial entre éstas y sus pueblos o comunidades de origen, fue el caso de indígenas de los valles y altiplano chilenos (aymarás) como indígenas de los valles y altiplano boliviano (quechuas y aymaras), generando ello un complejo proceso económico de mutua dependencia e influencia, en el cual se intercambiaba básicamente productos agropecuarios (Vgr. alfalfa, vinos, chicha, frutas, carnes, charqui, lana, tejidos, harinas, etc.,) por productos elaborados (calaminas o zinc, planchas y cocinas de fierro, alimentos envasados, etc.).

Y, además, los indígenas crearon sus propias organizaciones (cofradías), que tuvieron sus lógicas y manifestaciones que, no necesariamente fueron contradictorias con las organizaciones obreras de clase. No era extraña la participación de dirigentes obreros en cofradías, de igual modo el anticlericalismo obrero en las salitreras no era excluyente de la participación en fiestas religiosas regionales como la de La Tirana, de hecho la gran mayoría de las cofradías de esa fiesta religiosa fueron fundadas en oficinas salitreras de Tarapacá.

La influencia de "*lo indígena*" en la identidad pampina y, por extensión, en la obrera, debe buscarse en fuentes diferentes al documento oficial, privilegiado es el habla pampina para detectar "*lo indígena*".

* En su conocida "*Historia del Movimiento Obrero en Chile*" (1956), Hernán Ramírez Necochea le dedica importantes capítulos al fenómeno salitrero como factor contribuyente a la emergencia de dicho movimiento social, al cual le observa y analiza desde una perspectiva de clase social, en tanto proletariado. Similar observación y análisis hacen Jorge Barria Cerón (1973), Enrique Reyes Navarro (1973), Fernando Ortiz Letelier (1983), Manuel Fernández Canque (1988), entre otros. Incluso esta perspectiva a la problemática social en el norte salitrero tiene su correlato en la literatura obrera: Luis González Zenteno (1954), Andrés Sabella (1944), Volodia Teitelboim (1968), Mario Bahamonde (1945), etc.

4. Lenguaje e Identidad: El Caso Salitrero

Estamos convencidos que la palabra, especialmente aquella del lenguaje cotidiano es la que mejor expresa la identidad de un pueblo. Sin embargo, no es sólo la palabra escrita o hablada la que tiene esa virtud, también lo tienen el arte, la iconografía, la arquitectura, las organizaciones, las instituciones, etc.; pero la palabra es por antonomasia privilegiada en esta tarea.

En ese acto vital, los pampinos definieron y conceptualizaron a sí mismos: emerge el particular y el patizorro, la libretera y la cantina (cantinera), el matasapo y el canario, sólo para dar dos ejemplos de oficios de hombre adulto, la mujer y el niño.

La hipóstasis que hizo el pampino de esa realidad no emerge de la nada, el hombre y la mujer que llega al desierto salitrero no es una tabla que construye las definiciones, los conceptos o nombres a partir de una experiencia empírica basada en el ensayo y error, sino el pampino es un ser venido desde los más variados rincones de la región y del planeta, y llega a las salitreras con la mochila llena de cultura (o mejor dicho el saco o maleta chilena): trae su lenguaje, sus motivaciones, sus ideas, sus experiencias anteriores.

Esta construcción social del habla pampina no se hizo sin conflictos, se reprimió a algunas lenguas al demonio sólo de lo privado mientras otras son públicas, y ese sincretismo no está desconectado de otros conflictos en la construcción social de la pampa, como el de afiliación política, la división social del trabajo, etc.

Los **aymaras** de los valles del altiplano aportan su cosmovisión andina, al igual que los quechuas de Cochabamba. Ellos entregaron fundamentalmente términos usados en actividades cotidianas, festivas o de religiosidad popular y comerciales, en el arte, como carnavales, fiesta de Navidad, cofradías (pastores), nombre de licores, términos usados en el intercambio de mercancías, en la medicina local (tanto yerbatera como dispensatorios de salud asociados a la religión popular), aportaron nombres de toponimios, etc. Sin embargo, estos dos grupos tenían sus propias lenguas y tuvieron que reprimirla, utilizándolas en espacios privados o festivos. Desde ese punto de vista fueron lingüísticamente dominados. A diferencia de los grupos humanos que empleaban el español y en cierta forma el inglés, ambos idiomas fueron de uso público, variando en prestigio el uso del habla.

Los **gauchos** del noroeste argentino traen sus términos asociados a los animales tanto ganado como mulares, faenas del corral, talabartera, herrería, correo (propio), arrieraje, etc.

Los **peruanos** están notoriamente presente en términos asociados a la comida pampina, en los toponimios regionales, en giros lingüísticos locales, hábitos familiares, etc.

Los **bolivianos** están presentes en el lenguaje más generalizado y coloquial, destacándose términos en los juegos de adultos, en los insultos y apodos, en la yerbatería, en festividades, etc. Los chilenos hicieron aportes en el chiste y el garabato.

Los **ingleses** aportaron términos en faenas específicas, especialmente de oficina y de administración, en hábitos citadinos, en artículos suntuarios, en la arquitectura, etc. Esta lengua se consideraba obligatoria para los empleados de la administración, quienes solían educarse en colegios como el Iquique English College que enseñaba ese idioma.

Otras nacionalidades europeas como la **yugoslava, española e italiana** aportan términos en el comercio u actividades específicas de la vida laboral o cotidiana.

Los **chinos** también influyen en el comercio, en la cocina, en los juegos de adultos.

De ese modo, en un sincretismo vital, algunos términos se impusieron sobre otros, dependiendo del campo semántico que los lenguajes mejor dominan, con acepciones nuevas, con significados distintos. Algunos conceptos quedaron a firme en el habla del pampino, pasando a construir parte del núcleo básico de su identidad salitrera, además de ciertas entonaciones, modulaciones, giros lingüísticos, expresiones, etc.

Ha sido tan propio del pampino la creación de nombres y conceptos, que incluso actos del habla tan coloquiales como el apodo, fueron determinantes en la identidad de los sujetos. Ellos mismos reconocen que se diferenciaban del porteño en esa característica, es a tal punto este hábito que el recuerdo de los sujetos es a través del apodo pues el nombre solía ser olvidado. Incluso durante la semana del salitre pasada se editó un periódico en conmemoración, donde se aludía a los sobrenombres o apodos de los viejos pampinos. (diario El Caliche)

Pero no sólo llegaron hombres y mujeres con sus experiencias individuales, sino que la cultura llegó a través de la palabra escrita. Los veleros, vapores, carretas, ferrocarriles, etc., trajeron el espacio salitrero información fundamental para el desarrollo de la identidad del futuro pampino, por ejemplo, los libros de autores socialistas y anarquistas que ocuparon los libreros de las bibliotecas de las filarmónicas y mutuales o mancomunales primero, Federaciones obreras y partidos políticos después.

6. Obrero versus Pampino

Hacia 1907 el movimiento obrero salitrero alcanzó la universalidad, siendo reconocido como un paradigma de las luchas sociales en Chile y América Latina. Actualmente sólo unos escasos centenares de sindicalistas, estudiantes,

maestros y alguna comprometida autoridad rinden -el 21 de diciembre- el culto de depositar unos claveles rojos en el monolito que recuerda a los obreros, hombres y mujeres, caídos en ese lugar.

Nada queda del heroico movimiento obrero pampino que hizo fama en el ciclo del salitre. Pero, paradójicamente, quedan los propios pampinos organizados en sus "*centros de hijos*" de las distintas oficinas o cantones salitreros, ellos también fueron parte del movimiento obrero y son todavía un movimiento social importante en el Norte Grande. Los centros pampinos gozan de buena salud aunque estén en la tercera edad. Ellos son los legítimos depositarios de la memoria histórica de la pampa salitrera. La antípoda del acto del 21 de diciembre es la semana del salitre, multitudinaria, emotiva, viviente, ritual, actual.

¿Por qué no conmemoran el 21 de diciembre los pampinos? No es porque se sientan ajenos al movimiento obrero, sino más bien le han dejado ese momento al sindicalismo institucionalizado, del cual algunos pampinos participan también. En cambio en la semana del salitre es otra la dimensión que emerge, es otro el referente, otra la identidad; no se reúnen en tanto obreros sino en tanto pampinos, les interesa recordar el cotidiano más que el acontecimiento histórico; el campamento más que la planta o la calichera; el hogar, la plazoleta, el club, el teatro, el mercado, la pulpería, el cementerio, la estudiantina, la cofradía, más que el sindicato. Son espacios y momentos diferenciados, pero complementarios. Como complementarios y contradictorios fueron el dirigente político y el caporal de la cofradía.

Durante la conmemoración de la semana del salitre, la identidad de obrero queda guardada entre los muros del sindicato, sin que ello signifique que los pampinos olviden esa identidad. Es el mismo caso a la inversa cuando el movimiento obrero durante el ciclo salitrero acentuaba el problema obrero, en periódicos y memoriales, omitiendo el problema pampino.

El movimiento social pampino no conmemora noventa años, sigue vivo, continúa construyendo su identidad aunque ya no en el desierto sino en ciudades y pueblos a lo largo de todo el país y el extranjero. La cara pampina perduró más que la cara obrera del movimiento social salitrero, la cara tradicional más que la moderna, lo indígena y mestizo más que lo europeo, lo bárbaro más que lo civilizatorio, lo cotidiano más que lo orgánico, el hogar más que el sindicato, el campamento más que la máquina, el espacio oral más que el escrito. Sin embargo, las fotos que recuerdan la vida de las salitreras retratan a la máquina (planta de elaboración) más que al campamento, al sindicato más que al hogar, las maquinarias y herramientas más que a las personas. De igual modo, los periódicos de la época destacan la cultura europea en el desierto más que la indígena, la escuela se por sobre la sabiduría popular, el problema político por

encima el problema social. Los hombres más que las mujeres, y ambos eran visto como obreros ante que como pampinos.

El movimiento obrero salitrero, con justa razón, fue considerado -por los principales historiadores sociales nacionales- como precursor del movimiento obrero chileno, incluso su influencia se expande a Bolivia y Perú. Los aspectos internacionalistas de su ideario son notorios, especialmente en el período mancomunal de este movimiento social. Los idearios positivista, socialista y anarquista son dominantes en los discursos obreros durante todo el ciclo de expansión del salitre (1880-1930). En la relación que este movimiento social establece con las organizaciones de patrones salitreros, como la Asociación Salitrera de Propaganda, y con las autoridades locales y nacionales, logra una gran sofisticación discursiva, claramente expresada en los periódicos obreros de la época, como *El Pueblo Obrero*, *El Trabajo*, *El Grito Popular*, *El Despertar de los Trabajadores*, etc.

En el movimiento obrero es fácil identificar a los mancomunados de los anarquistas, a los socialistas de los demócratas, etc., pero en los campamentos estaban separados por otras categorías, existían las calles de los cochabambinos, de los paceños, de los arequipeños, etc.; en los pueblos estaban los almacenes de los chinos o los austriacos; en la pampa, las herrerías de los cuyanos o de los huasos del sur, etc.

Los enganches a través de arrieros, traían las máscaras indígenas y campesinas a las salitreras; los veleros, clippers y vapores, las máscaras ciudadanas. El ferrocarril las máscaras de los mineros del cobre y de la plata. El espacio de influencia del salitre abarcó los más variados mercados de todo el mundo, pero en forma directa impactó en Arequipa y Chiloé, en Cochabamba y Tucumán, y todos los territorios intermedios.

El obrero salitrero estaba en la globalidad, pero también en lo local, su identidad era una yuxtaposición de su cultura de origen, su habitus, con:

1. la cultura universal que llegaba por los canales formales de la escuela, el periódico, la filarmónica, etc.;
2. con la cultura de los otros obreros venidos de los más variados territorios, sincretismo que se produce en el campamento, en lo cotidiano. Ese sincretismo es dinámico en un proceso de construcción cultural que sólo tiene sentido en el desierto salitrero, en la pampa. La identidad pampina es local.

Santa María de Iquique expresa todavía hoy esa universalidad que alcanzó el obrero salitrero y que, por lo tanto, pertenece a todo el mundo social comprometido con la justicia social, como un paradigma de la emancipación obrera. La semana del salitre expresa hoy esa identidad local que pertenece exclusivamente a los pampinos aunque estén diseminados por el mundo.

La historiografía obrerista hizo un gran aporte al estudiar la visión de mundo de las organizaciones obreras, las conductas públicas de sus integrantes, sus luchas y discursos emancipatorios e identidades globales del movimiento obrero. La historiografía regional puede hacer un importante aporte para conocer las mentalidades de los obreros pampinos, su vida cotidiana, sus representaciones y simbologías, sus percepciones y conflictos internos, sus identidades locales.

La identidad de pampino, haciendo un contrapunto con la de obrero, es como el río subterráneo que corre por el desierto: silencioso pero más importante, oculto pero más vital.

7. La Presencia Indígena en la Salitreras

La opinión generalizada que ha prevalecido -no sin justa razón- respecto del tipo de visión de mundo que la sociedad civil tenía en las salitreras en el ciclo del nitrato, es de un pensamiento marcado por el positivismo, el liberalismo, el socialismo, el anarquismo, en sus distintas vertientes, es decir, una cosmovisión influida por teorías, sentimientos e ideas venidas desde Europa o Norteamérica. Sin embargo, queda oculto tras esa perspectiva la influencia que en el pensamiento y sentimiento obrero tuvieron los distintos grupos indígenas que formaron parte activa de esa sociedad civil construida en la pampa salitrera. Posiblemente los historiadores le han dejado -conciente o inconcientemente- ese trabajo a los antropólogos.

Por otra parte, quienes estudian a las comunidades indígenas que estuvieron bajo la influencia del enclave salitrero, en no menos de un siglo, con las excepciones del caso, pocas veces han mirado a las salitreras como un espacio de sociabilidad también indígena, donde se reprodujeron las festividades, el simbolismo, las prácticas médicas, los oficios, en definitiva, la cosmovisión andina. Menos aún se han preguntado por el impacto que esa socialización tuvo en las comunidades indígenas una vez de vuelta a ellas los obreros del salitre. Posiblemente los antropólogos le han dejado -conciente o inconcientemente- esa tarea a los historiadores.

Según el censo de 1878, que marca el inicio de la expansión del ciclo del salitre, habían en Tarapacá 16.686 indios de un total de 38.225 personas, es decir un 43,7%. 13.418 se consideraban blancos, un 35,1%. Posteriormente, los censos chilenos no considerarán la variable étnica, conservarán las categorías por nacionalidades. Siendo las principales, a nivel del pueblo, la chilena, peruana y boliviana. Aunque ya no se les identificó censalmente, los indígenas dejaron sus huellas en las cofradías, en los carnavales, en los dispensatorios de salud⁹, el habla pampina, en la yerbatería, en oficios salitreros, etc.

⁹ Ver: van Kessel, J.J. *El santuario andino como dispensatorio de salud y vida*. Centro de Medicina Andina, Cusco, 1989.

De lo que no puede haber dudas es que el mundo del salitre fue esencialmente mestizo y sincrético, pero esa mixtura pocas veces ha emergido en toda su expresión. El indígena además comenzó a quedar oculto detrás de ese mestizaje y de una creciente modernidad que se manifestó en el dominio de pensamientos y sentimientos nacionalistas, positivistas, ilustrados, socialistas, anarquistas, mutualistas, entre otros.

La modernidad llegaba con el cabotaje, junto a hombres y mujeres llegados desde los más variados puntos del planeta. El pensamiento indígena y campesino llegaba con el arrieraje, desde los más variados puntos del territorio andino. La yuxtaposición de estos dos tipos de saberes estableció que el pensamiento obrero ilustrado tomara un rol dominante en lo público, mientras el pensamiento campesino e indígena permaneció en lo privado, en los campamentos y en las faenas mineras. Empero, hubo momentos de expresión pública, llenas de colorido y simbologías, fue el caso de festividades como carnaval, la cruz de mayo y La Tirana.

Durante todo el ciclo del salitre, a los distintos grupos que llegaron a la pampa, debieron identificarse como proletarios o capitalistas, obreros o patrones. El discurso de la época es claro a este respecto, incluso para adquirir la membresía en las principales organizaciones obreras de la época pasaba por pertenecer a la clase proletaria (Vgr. Mancomunales). Sin estar explícito en los estatutos, en las asociaciones de salitreros se daba la contraparte respectiva. Esta diferenciación de clase tuvo incluso una expresión espacial al interior de los propios campamentos salitreros. De tal modo, el indígena, fuera éste de la propia región o llegado de otras aldeñas de países vecinos, debió introducirse a esa nueva nomenclatura de identidad social: ser proletarios u obreros. No pocos ya tenían alguna socialización en las minas bolivianas, pero muchos llegaron directamente desde sus comunidades campesinas.

Este paradigma -centrado en la clase social y sustentado en la división del trabajo- propio de un enclave industrial, estableció límites estrictos respecto al protagonismo en la construcción de la sociedad pampina y, en especial, en relación a organización y a los movimientos sociales. Dichos límites ocultaron a ciertos grupos participantes del proceso social de las salitreras, como fue el caso de la población indígena. Esta -no siendo pequeña cuantitativa ni cualitativamente- se asimiló al paradigma dominante. Incluso, en aquellas oportunidades, cuando la categoría étnica entró en contradicción con la obrera fue duramente reprimida: como la crítica obrera a los indígenas rompeshuelgas o crumiros, que en algunos casos llevó a actos violentos como ponerle polleras por la fuerza, con el propósito de humillarlos para que "*tomaran conciencia*". Otro ejemplo fue

la oposición obrera a los enganches bolivianos.¹⁰ De hecho, en los campamentos salitreros, dentro de la población obrera, también hubo una diferenciación social y física por procedencia étnica o nacionalidad de los sujetos.

La Comisión parlamentaria que visitó la zona salitrera en 1913, pudo identificar al indígena boliviano al interior de los campamentos salitreros, con el prejuicio de rigor, en las salitreras de los cantones norte de Tarapacá, señalando lo siguiente:

*"(...)La zona norte de Tarapacá está poblada por trabajadores bolivianos, que forman la mayoría del elemento obrero en esa región, y tiene también los peores campamentos, los más viejos, estrechos y desaseados. Se ve en ellos que las basuras y los desperdicios se recogen de tarde en tarde y sólo para amontonarse a corta distancia de las habitaciones. Los chiqueros y porquerizas están en común con éstas y el mal olor es casi siempre insoportable para quienes no sean sus habituales pobladores. La Comisión fue informada, y puede decir que comprobó esta información, de que es casi imposible obtener una mejora en el aseo de esos campamentos. El trabajador boliviano es casi siempre un indígena en estado de semibarbarie: vive en común con los animales, duerme con ellos, y cuando en algunas oficinas se ha hecho porquerizas y corrales especiales, algo distantes de los campamentos, para evitar el desaseo, ese trabajador burla la vigilancia de los guardianes nocturnos del campamento y va al corral y substrahe sus cabros y cerdos para hacerlos dormir en su propia habitación. ¿Obedece esto sólo al deseo de evitar los robos?(...)"*¹¹

El punto de vista del Estado boliviano esta situación es completamente diferente, veamos una editorial de *El Diario de Oruro* de 1919:

"12 de febrero, s/p, NOTAS EDITORIALES. Nacionalización del Trabajo

La repatriación de los obreros bolivianos que regresaron al hogar abandonado desde hace muchos años; después de haber emigrado a playas extranjeras en pos de trabajo para procurarse una mísera existencia, a fuerza de ruda labor material, da margen para pensar en el mejoramiento de sus condiciones dentro de la patria, a fin de retenerle como elemento de progreso, cuyos servicios serían utilizados en las industrias mineras, fabriles o agropecuarias.

La falta de una legislación completa acerca de la nacionalización del trabajo, motiva que hombres jóvenes y vigorosos abandonen el terruño para ir en busca de mejor

¹⁰ En los Memoriales Obreros de 1904 señala en una de sus partes: "...Ultimamente, estando aún repleta de brazos la provincia, internaron al país miles de hombres traídos de la serranía de Bolivia y el Perú, porque la gente de pueblo no ha podido ser engañada. Esto se hizo con el fin expreso de irritar al obrero chileno de las provincias del Norte, a quien necesariamente debía afectar y herir, produciéndose así la anarquía y el choque consiguiente entre chilenos, peruanos y bolivianos, llevándonos a una segunda conflagración política de la cual sacaría el industrial provechosos resultados.(...) Manifesto de los gremios obreros de la provincia de Tarapacá al Supremo Gobierno.

¹¹ Comisión Parlamentaria Encargada de Estudiar las Necesidades de las provincias de Tarapacá y Antofagasta. Zigzag, 1913 p. 224-225

existencia a otras regiones extrañas para el obrero, en las que tiene que luchar durante muchos años, a fin de avenirse a un medio ambiente en que no ha vivido.

Luego forma hogar y si se acuerda de la patria, es sólo para hacer reminiscencia de tiempos felices de la infancia.

Las empresas mineras gerentadas por extranjeros o nacionales, deberían ser obligadas a admitir en sus labores a obreros bolivianos. Los trabajos de agricultura y de cuanta industria existiera en el país deberían tener la misma obligación, a fin de evitar la emigración de miles de individuos que se ven precisados de dejar el país y la familia, en pos de mejor suerte para exponerse a los azares y a las vicisitudes de la vida y en el momento menos pensado ser expulsados de grado o por fuerza, según el estado de las relaciones de amistad en que se encuentren naciones vecinas, como viene ocurriendo ahora mismo con los obreros peruanos y aún con los bolivianos, que por causa de la paralización de trabajos en las salitreras de Antofagasta y Tarapacá se ven obligados a regresar al país donde para empezar tienen que encontrar trabajo y donde los salarios seguramente han de ser reducidos; y, con el pensamiento fijo de retornar a las playas marinas, en cuanto los escollos hayan sido quitados del camino por la acción diplomática.

Si el obrero nacional estuviera garantizado dentro de su mismo país, indudablemente que preferiría no moverse de él, trabajando con ventaja para su situación económica y para el progreso material de la nación.

En cambio sabemos que las empresas mineras más poderosas de Bolivia, dan acceso a trabajadores extraños, ya sea por compañerismo o por sentimiento de paisanaje, que dejarían de subsistir si se dictara un ley sobre el problema que nos ocupa hoy."

Si bien en las salitreras los indígenas fueron generalmente obreros, no por ello los oficios que desempeñaron fueron irrelevantes, por ejemplo, los mejores cateadores de caliche, arrieros, cortadores de yodo, propios y particulares fueron indígenas; de hecho éstos eran muy requeridos por los administradores, siendo su inestabilidad laboral más bien producto de migraciones estacionales (agrícolas) a sus comunidades.

El conocimiento minero que tenían algunos indígenas locales venía de la explotación de la plata y cobre en minas como Huantajaya, Santa Rosa y Collahuasi, los que venían de Bolivia, traían conocimientos de las minas de Potosí y Oruro. Debido al sistema de extracción a rajo abierto, llamado calicheras, esos saberes les fueron más útiles en los lugares donde se extrajo el caliche a través de cuevas.¹²

¹² Como fue común en la salitrera Santa Rosa del Cantón Huara.

Los indígenas no solamente se incorporaron a las salitreras en tanto trabajadores, sino además establecieron relaciones de intercambio comercial entre éstas y sus pueblos o comunidades de origen, fue el caso de indígenas de los valles y altiplano chilenos (aymarás) como indígenas de los valles y altiplano boliviano (quechuas y aymarás), generando ello un complejo proceso económico de mutua dependencia e influencia, en el cual se intercambiaban básicamente productos agropecuarios (Vgr. alfalfa, vinos, chicha, frutas, carnes, charqui, lana, tejidos, harinas, etc.) por productos elaborados (calaminas o zinc, planchas y cocinas de fierro, alimentos envasados, etc.).

Por último, a pesar de la aparente instrumentalización de los indígenas del enclave salitrero, éste salarizó y proletarizó a esa mano de obra. La incorporó laboralmente a un tipo de explotación industrial que para la época fue moderna. La socializó en un tipo de organización obrera emancipatoria e internacionalista. Compartió una sociabilidad en los campamentos salitreros basada en un tipo de comunidad urbana esencialmente solidaria y contradictoria, que transformó al indio en ciudadano. Debido al obligado retorno a sus lugares de origen después de la gran Crisis de los años treinta, todo ello debió tener un impacto cultural en las comunidades indígenas de valles (chilenos y bolivianos) y altoandinas (chilenas y bolivianas) que no ha sido estudiado aún.